

por los grandes comerciantes, que tuvieron, como los Médicis, púrpuras reales para su familia en la sangre de los pueblos, aplastados bajo las ruedas del carro donde se daban la mano la oligarquía usurera de los nobles nacidos del polvo y el feroz absolutismo.

¡Oh! confesamos que es muy triste recorrer así el calvario de un pueblo. Los ojos se nublan, y se rasga el corazón. Pero no temamos. Sigamos mirando las desgracias históricas de Italia. Las aristocracias teocráticas han pasado como los fantasmas de un sueño; las aristocracias militares han perdido sus espadas, y han visto rodar bajo sus piés las piedras de sus castillos feudales; las oligarquías mercantiles, á pesar de haber comprado con oro tronos para sus hijos, no han podido comprar la inmortalidad; los reyes absolutos han visto caer la corona del derecho divino que habian querido en su orgullo usurpar al Eterno; el imperio austriaco se desangra por todas sus gangrenadas venas; y el pueblo vive, y la Italia se levanta transfigurada de su sepulcro.

Marzo 16 de 1860.

LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

III.

La Edad media, que habia comenzado con una revolucion religiosa triunfante, concluyó con una revolucion social abortada. El pueblo no pudo tocar con segura mano el último término de sus libertades y sus derechos. Pecó de confiado, y fué traidoramente vendido por la clase media. Los municipios, que en toda Europa murieron gloriosamente á manos de la monarquía, murieron en Italia, en la pátria del régimen municipal, en la nacion de las grandes ciudades, á manos de la oligarquía. Pero al concluir la revolucion social, como el espíritu italiano es inagotable, comenza-

ba la revolucion artística. La antigüedad, ántes de hundirse Bizancio en su sepulcro, despidió su último destello, y al reflejo de aquella luz brillante, postrar resplandor de una lámpara que se apagaba, Pico de la Mirandola y Landini interrogan las ruinas y oyen la voz que se exhala del sepulcro de Grecia; Lorenzo Valla y Filelfo resucitan el ideal de la poesía clásica; Pulci y Ariosto entierran el cadáver de la Edad media, envolviéndole en sudarios de oro; Andrés del Sarto, Ticiano, Rafael, á las orillas del Arno, ó entre las celestes lagunas de Venecia, coronan con la diadema de estrellas de las vírgenes cristianas la estatua griega, que se despierta radiante de hermosura; Miguel Angel, inspirado por su gigantesca fantasía, encierra en moles de mármol, atrevidamente cinceladas, la expresion de la escultura cristiana, que, rompiendo la armonía antigua, se alza á lo sublime; Marsilio Ficino, resucitando la hermosa Atenas, explica el idealismo de Platon, bajo los árboles floridos, al zumbido de las abejas áticas y al eco de los ruiseñores que gorgeaban, como en el bosque de Colonna; Galileo mide, con el péndulo en la mano, el movimiento de la tierra, y escucha extático las armonías de las esferas; y Colon, pro-

tegido por las alas del inmortal númen de España, busca con ávidos ojos, perdido en las soledades del Atlántico, un nuevo mundo; porque es necesario que hasta la naturaleza se renueve en este instante sublime de la renovacion del espíritu. Pero ¡ay! mientras los platónicos sueñan, y los poetas pueblan de fantasías los aires, y los escultores embellecen con estatuas clásicas los jardines, y los pintores retratan el cielo en las bóvedas de las catedrales, y los astrónomos miden el concertado movimiento de los mundos, y los sábios vuelven del Bósforo con las manos cargadas de reliquias de Grecia, y los arquitectos levantan al cielo la cúpula del Panteon, cuyo peso á duras penas sostenia la tierra; Italia, la eterna artista de la historia, vé por todas partes soldados de Carlos VIII, de Maximiliano, de Francisco I, de Carlos V, y en las mismas salas del Vaticano que acababa de inundar con los celestes colores de su fantasía el divino génio de Rafael, los soldados del protestantismo y del catolicismo, unidos en un ódio comun á Italia, celebran una inmundada orgía de sangre, eterna afrenta de estos siglos. Por todas partes aparece el génio, pero en ninguna parte aparece Italia. Aquel coro de ruiseñores que inun-

daba de armonías los aires de Florencia, miraba la luz que descendía del cielo, y volando en una region superior, no se acordaba del pequeño nido en que naciera, completamente destrozado por los caballos de los extranjeros, de los bárbaros.

Sólo un hombre tan grande como desgraciado presintió todos los males de la hermosa Italia. Educado en el claustro, su alma unia al ardor político del tribuno, el génio místico del profeta. Observaba que Italia, corrompida por los Médicis y los Bórgias, iba cayendo sin fuerzas en el lecho de sus placeres, y quería despertarla por la penitencia y para el arrepentimiento. Su idea era arrancarle, de las manos la lira y el pincel, de las sienas la corona de verbena; cubrir con negra gasa las estátuas y las pinturas, quebrar contra el suelo la copa de los festines, y arrastrar la Italia al pié del crucifijo para que orase y se macerara, pues sólo de esta suerte podia cobrar las fuerzas perdidas en sus continuas orgías. Aquel hombre desesperado, vestido de sayal, cubierto de ceniza, iluminado como los antiguos profetas por una vision celeste, enardecido por el amor á la pátria tan olvidada en su tiempo, dotado de una palabra dura como una maldicion y entrecortada como un

sollozo, sectario de aquellos monjes, verdadera democracia de la Iglesia, odiaba con toda su alma á los poderosos de la tierra; febrilmente sobreexcitado siempre por el ayuno y la penitencia, soñador como todos los génios, pero dispuesto á modificar con su idea la vida real, embebecido en contemplar y en seguir la imitacion de Jesucristo, y por lo mismo, queriendo imponerla á todo un pueblo, odiaba todas las aristocracias, despreciaba la propiedad de todos los bienes de la tierra, se dolía del sensualismo en que estaba sumida la corte pontificia, anhelaba con ardiente sed la igualdad evangélica, y despertaba en el pueblo, que le seguía como sigue siempre á los tribunos, el amor á la libertad y hasta el deseo del sacrificio. Pero Savonarola podia modificar el espíritu moral y no podia modificar el espíritu político de Italia. Su palabra, encaminada á matar el ideal artístico, sólo despertaba un ideal religioso, cuando Italia habia menester un ideal político. A medida que los espíritus se iban tras la libertad ideal de Savonarola, los tiranos se apoderaban de la libertad política, corrompiendo los pueblos. Pero la ardiente palabra del monje era como la conciencia de Italia, que agujoneaba á los perversos con eternos

remordimientos. Necesitaban, pues, ahogar la conciencia de su pueblo. Un día en la plaza pública se encendió una hoguera, y en aquella hoguera fué arrojado el tribuno religioso, que, como Jesucristo en la cruz, levantaba entre el humo y las llamas, sin vacilar un instante y sin proferir un gemido, la sagrada mano para bendecir á sus verdugos. La profecía de Savonarola se cumplió. Italia fué crucificada. Las esculturas de aquel tiempo, que representan un hermoso Apolo griego tendido sobre la cruz latina, además de ser un símbolo religioso, evocan á los ojos del historiador una imágen verdadera de las desgracias de Italia.

La grande astucia de la clase media, la triste rota de los plebeyos, las continuas intrigas de las mil córtés de pequeños régulos que pululaban en Italia, la guerra incesante, las persecuciones, la venganza, la presencia del extranjero, el antagonismo entre el emperador y el papa, todos estos elementos habian de tal suerte envenenado la desgraciada Italia, que todas las conciencias perdian absolutamente la idea del derecho, la noción de la justicia. No podia haber derecho en aquellos pueblos vendidos por Roma, esclavizados por Ale-

mania, entregados siempre á la fuerza, desceñidos de todos los lazos de fraternidad, acostumbrados á las intrigas, á los envenenamientos, á los engaños de pequeñas córtés, descoyuntados en el potro del tormento, siempre con la cerviz puesta bajo la planta del extranjero, siempre acariciando esperanzas imposibles; pueblos artistas, generosos, grandes, que habian sido sepultados en el crimen, negra noche del alma, por sus injustos señores, atentos sólo á dominarlos y escarnecerlos: triste consecuencia de la esclavitud, que así quebranta el cuerpo como oscurece el espíritu.

Entonces la revolucion de Italia llegó fatalmente á la época del vértigo, del terror, no en el espacio, sino en la conciencia, porque la verdadera revolucion italiana nunca descendió de la mente de los grandes pensadores al pueblo. El terror de la revolucion, el vértigo de la revolucion ideal con que habian soñado todos los grandes hijos de Italia, fué Maquiavelo. No ha habido una gran revolucion en el mundo, que no haya tenido su época de terror, época en que las nuevas ideas se abren paso, á través de todos los obstáculos amontonados por los antiguos tiempos, época en que la vida produce una embriaguez, un vértigo. Ti-

berio fué el terror de la revolucion cesárea y plebeya contra la aristocracia romana; Atila, el terror de la revolucion germánica contra el mundo latino; Pedro el Cruel, Pedro IV de Aragon, Luis XI, el terror de la revolucion monárquica contra el feudalismo; Marat, el terror de la revolucion popular contra los reyes. Maquiavelo fué el terror de la conciencia, el terror en el espíritu. Vió que nada habia podido, para salvar la patria, el generoso y caballeresco imperio del Dante; nada la ideal república de Petrarca; nada el ardiente misticismo de Savonarola; nada la política del pontificado; y al contemplar su Italia amenazada en el Mediterráneo y en los Alpes; el imperio pisoteándola como si fuera un lagar de donde sólo se propusiese extraer vino para sus festines: los Médicis convirtiéndola en una propia factoría para su medro y particular engrandecimiento; los Bórgias jugando á los dados con las más preciosas ciudades y vertiendo el veneno por todo el cuerpo de la hermosa península, como viboras escondidas entre sus flores; los italianos convertidos en condottieros de todos los príncipes: en un vértigo de amor nacional, apeló á la infamia, á la apología del crimen, para salvar á su pátria; como aque-

llos arquitectos de la Edad media, que entregaban el alma al diablo para levantar una catedral magnífica á su Dios, Maquiavelo es la desesperacion de Italia, que no confia en la política del pontificado, la cual se sirvió de Carlo-Magno para arrojar á los lombardos, de los franceses para contener á los venecianos y á los españoles, de los suizos para arrojar á los franceses, y que nunca pudo salvar la Italia del vértigo de un alma que no encontrando salvacion en ningun medio humano, en vez de arrojarse como Savonarola en brazos de Dios, se arroja en brazos del crimen. Así sus máximas son abominables. Así os dirá que el fin justifica los medios; que la virtud es buena cuando es útil; que el bandido César Bórgia debe ser un ideal; que el simoníaco, el adúltero, el incestuoso Alejandro VI merece una sonrisa; que Agathocles fué cruel pero bueno, pues sus crueldades eran necesarias; que Rómulo procedió bien mandando á Remo para fundar su monarquía; que Baglioni, tirano de Perusa, fué un torpe y un cobarde porque no asesinó á Julio II cuando le tenia en sus manos; que Ciro debió engañar para vencer; que Soderini es acreedor á la reprobacion de la historia por no haber esterminado en un solo

dia á todos los partidarios de los Médicis; que un pueblo debe segar todas las cabezas cuyas sombras empañen la igualdad: máximas horribles que han causado largos días de luto á la Italia y han oscurecido sus hermosos horizontes. La libertad no necesita del puñal, ni del veneno, ni de los patibulos. Su arma debe ser la justicia, como su fin es la justicia. Lo pueblos no han menester los crímenes como los tiranos. El que por defender la libertad ha manchado de sangre su blanca túnica, la ha herido más que sus perseguidores. El lodo que cae sobre las álas de la justicia, no la deja volar al cielo. El bien siempre, el bien como medio, el bien como fin, el bien como principio, debe ser nuestra divisa.

La muerte de Sócrates será siempre envidiable. ¿Quién envidiará la vida de sus verdugos? El pensamiento de Maquiavelo ha arrojado una negra sombra en el riente cielo de Italia. Todos han creído que la nacion artística, la gran nacion, ocultaba siempre en los pliegues de su manto un puñal, y en la copa de oro donde tenia la vida del espíritu un veneno. Muchos de sus hijos han acudido al asesinato para salvar su Italia, como si sobre el crimen pudiera levantarse nada grande,

nada sublime. La desesperacion de Maquiavelo fué la señal de la completa ruina de Italia. La gran nacion, que ántes agonizaba como la Julieta de Shakespeare, hermosa hasta en la muerte, desde este instante se corrompe é inficiona los aires. Detengámonos ántes de contemplar esta época más triste que las anteriormente contempladas. Lo único que nos consuela en este largo tormento, es pensar que á nosotros, hijos del siglo xix, está reservado presenciar la resurreccion de Italia.

Marzo 24 de 1860.